



Conversaciones con Goethe

de Johan Peter Eckerman

Fermin Cabal

La figura de Goethe, el modelo por excelencia de los escritores cultos, nobles y sensatos en Alemania, ha llegado a nosotros básicamente a través de dos libros: *Poesía y Verdad*, las memorias del propio autor, y estas *Conversaciones* que hoy recordamos. Curiosamente, los dos libros fueron escritos al mismo tiempo: mientras Eckerman recogía la palabra del ilustre prócer, este, ya curado de los excesos temperamentales de su juventud, daba a luz (luz tamizada por espesos velos) sus recuerdos. De modo que los dos libros se complementan con solidez y de ahí surge un Goethe pétreo, estatuario, de fruncido ceño por el esfuerzo de pensar, y grave mirada que se posa sobre el mundo como el ocaso, oscura e inapelable.

El libro de Eckerman despierta algunas cautelas al lector menos avisado: es tan baboso el tono admirativo que el autor emplea, que cabe pensar que el retrato de gestos y gestas ha sido sometido a todo tipo de excesos narrativos y que el Goethe que de ahí se desprende dista mucho del original. Yo, personalmente, no lo dudo: el libro no refleja al Goethe «real». Pero eso no quiere decir que se trate de un Goethe «irreal», un personaje inventado por la mente calenturienta del joven y agradecido Johan Peter.

No. En mi opinión Eckerman hizo perfectamente su trabajo, con una constancia y una abnegación bien meritorias. Convencido de la importancia de su tarea, desde el primer momento, desde la primera entrevista, se siente instado «a no dar ningún paso por mi cuenta, sino a entregarme por completo a su consejo y voluntad». A lo

largo de casi diez años visitó asiduamente al genio, conversó con él largas horas en privado, pero también en público, y numerosos testigos, que nunca han desmentido al autor, concurren en las escenas descritas, y ven recogidas sus críticas y sus elogios sobre multitud de cuestiones divinas y humanas. Pudo equivocarse aquí y allí en algún momento, pero el lector puede comprobar que los temas que obsesionaban al ya anciano escritor vuelven una y otra vez a ser examinados hasta la fatiga. Y el libro, además, fue revisado personalmente por Goethe en sus dos primeras partes, que no se publicaron hasta que recibieron el visto bueno del homenajeado. Así pues, estas *Conversaciones* reflejan a un Goethe tan fiable como el de *Poesía y Verdad*: el Goethe público, el personaje con el que se mostraba a los ojos de los demás, personaje cuidadosamente construido, medido, pensado, y sostenido con extraordinario pulso: un anciano venerable, orgulloso pero humilde; enérgico pero lleno de ternura; apasionado pero respetuoso con la ley; una persona fiel a sus superiores, y fuera de toda sospecha. El cortesano perfecto. Un personaje que Goethe sostuvo durante años y años y que le permitió mantenerse en el poder durante cincuenta años, algo difícil de conseguir en cualquier caso.

Pero en el libro de Eckerman el personaje ofrece algunas fisuras interesantes, si lo examinamos con detenimiento. Algunas de las contradicciones que muestra son reveladoras. Por ejemplo, en el momento de la muerte del archiduque de Weimar, Eckerman nos

Conversaciones con Goethe

de
Johan Peter Eckerman

Edición y traducción
Rosa Sala Rose

Editorial
Acantilado,
Barcelona, 2005



muestra a un Goethe histérico que llora en público y se lamenta de la desaparición del ilustre caballero: «Ya antes de entrar en la habitación lo oí sollozar y hablar en voz alta consigo mismo. Era como si un vacío insustituible se hubiera abierto en su existencia. Rechazó mis palabras de consuelo y dijo no querer oír nada de eso. “Tenía pensado irme de este mundo *antes* que él. Pero Dios obra como mejor le parece, y a nosotros, pobres mortales, no nos queda más que resignarnos y mantener la cabeza alta todo el tiempo que nos sea posible”».

Este planto lacayuno contrasta con su reacción en el momento de la muerte de su propio hijo. Eckerman nos muestra a un Goethe bien distinto: «Lo hallé de pie, erigido y firme, y me tomó entre sus brazos. Me pareció que estaba sereno y de muy buen ánimo. Nos sentamos y enseguida nos pusimos a hablar de cosas serias, y me sentí feliz en extremo de volver a estar junto a él [...], después hablamos de la señora archiduquesa, del príncipe y de varias cosas más; a su hijo, sin embargo, no nos referimos en ningún momento». Curiosamente, días después Goethe comunica a su joven colaborador, a propósito de la redacción de las *Conversaciones*: «Esto ha de ser su primer trabajo y no vamos a parar hasta que lo hayamos dejado perfecto y en limpio». Pero al parecer la procesión va por dentro y Eckerman comenta: «Por lo demás hoy he visto a Goethe especialmente callado y como ensimismado, lo cual me pareció una mala señal». Y, efectivamente, cinco días después «en plena noche, tuvo un severo vómito de sangre y se pasó el día entero a un paso de la muerte».

También a lo largo del libro se deslizan contradicciones sorprendentes, especialmente cuando enjuicia cuestiones políticas y morales. En público siempre se muestra riguroso con los enemigos de la religión y las buenas costumbres, llegando a veces a sorprendernos por su vehemencia, por ejemplo cuando clama contra Berenguer, condenado por la justicia francesa, cuando explica la conducta libertina de Byron como inevitable consecuencia de la vida licenciosa de su padre, cuando denuncia la influencia nefasta de Voltaire y de los librepensadores franceses, etc., pero en privado su juicio es muy poco seve-

ro y resulta que Berenguer, Byron, Voltaire y otros agraviados son, cuando el genio lo quiere, merecedores de grandes elogios. Menos calculado parece su rechazo de la violencia en política, que le lleva a una condena de la revolución en general y de la francesa en particular, y sin embargo aprueba alegremente el derrocamiento del gobierno liberal español a manos de los Cien mil hijos de San Luis.

En fin, el libro está lleno de comentarios reaccionarios, que hoy resultan ridículos, acerca de las mujeres, la familia, las relaciones de clases, etc., por no hablar de sus ínfulas de científico que culminan en su delirante refutación de la teoría sobre el color de Newton, pero lo peor es el tono fatuo y pedante con que opina este hombre que se considera un genio y mira al resto de la humanidad por encima del hombro. «Ahora resulta que el público ya lleva veinte años preguntándose quién es más grande: si Schiller o yo. Deberían estar contentos de que existan siquiera dos tipos sobre los que puedan discutir así». Pero al lector del libro de Eckerman no le va a quedar duda de quién es más grande. Aunque no escatima las palabras de elogio a su íntimo (y fallecido) amigo, aquí y allá deja caer piedras sobre su tumba: «No puedo dejar de pensar que la orientación filosófica de Schiller ha dañado su poesía...»; encuentra en él «pasajes patológicos»; cree que su idea de la libertad ideal «no puede conducirnos a nada bueno», y cree ver en su inspiración un impulso «demoníaco»...

Pero, entonces, ¿qué es lo que recomendamos en la lectura de estas *Conversaciones*? Pues algo muy especial que gracias a Eckerman nos ha llegado. El libro recoge minuciosamente el proceso de creación de la segunda parte del *Fausto*, una de las grandes creaciones de la literatura universal, desde el momento en que el ilustre autor recibe una carta de un joven escritor alemán que le pide permiso para escribir una continuación del poema, incompleto desde hace ya muchos años (estímulo parecido al que sufrió Cervantes en el otoño de 1614 al encontrarse con la edición de la Segunda parte del *Quijote* escrita por el tal Avellaneda). A partir de este momento, abundan los comentarios de Goethe sobre el asunto *Fausto*, y poco



J. W. Goethe.



a poco, muy lentamente y con interrupciones, van llegando las escenas, que Goethe lee y comenta con Eckerman minuciosamente, explicando su génesis, sus claves, sus dudas, etc. Un documento extraordinario y sin duda interesante para todos los estu-

diantes de dramaturgia y las personas interesadas en los procesos de creación. En el verano de 1831, pocos meses antes de su muerte, Goethe lee las últimas escenas a Eckerman y asegura: «A partir de ahora, lo que me quede de vida será puro regalo». ■

Fragmento de *Conversaciones con Goethe*

«Resulta que a veces viene la gente y me pregunta qué idea he tratado de encarnar en mi *Fausto*. ¡Como si yo mismo lo supiera o pudiera expresarlo! Del Cielo al Infierno pasando por el mundo: imagino que, en el mejor de los casos, podría ser algo así. Aunque tampoco esto es una idea, sino el mero transcurso de la acción. Por otra parte el hecho de que el diablo pierda la apuesta y de que un hombre que, sumido en su gravosa confusión, se afane continuamente por lo mejor merezca ser redimido, es algo que constituye una reflexión efectiva, capaz de explicar más de un aspecto de la obra, pero tampoco se trata de una idea que subyazca a todo el conjunto o a cada una de las escenas en particular. Y es que ¡buena la habría hecho de haber querido reducir una vida tan rica, multicolor y extremadamente variada como la que he plasmado en el *Fausto* al estrecho cordel de una única idea que lo atravesara todo!

En general, en cuanto poeta —siguió diciendo Goethe—, no era mi estilo aspirar a la encarnación de algo abstracto. Sentía en mi interior impresiones, impresiones que podían ser sensuales, llenas de vida, agradables, multicolores y de cien tipos distintos, tal como pudiera ofrecérmelas mi ardiente imaginación. Como poeta, prácticamente lo único que me quedaba por hacer era redondear y dar una forma artística en mi interior a todas esas impresiones y puntos de vista, sacándolos a la luz por medio de una plasmación vivaz, de modo que, al escuchar o leer lo que yo había escrito, otros pudieran compartirlos».

Visita nuestra web

www.aat.es